

Adán, padre y cabeza de nuestro linaje, en aquel venturoso estado de inocencia, no se puede negar sino que tuvo clara noticia de este misterio; Abrahán, deputado para representar al hombre cerca de Dios en aquel nuevo Pacto y Alianza, le vislumbró, cuando adoró al Señor su Dios en figura de tres hermosos mancebos (Gen. XVIII;) Moisés, el promulgador de la ley, al empezar el gran poema de la creación, le bosquejó sublime y sencillamente diciendo: crió Dios el cielo y la tierra, mirando en su sabiduría (esto es en su Verbo) toda la traza de su obra y derramando sobre la materia líquida é informe, para fecundizarla, su Espíritu (Gen. I, 1, 2;) David, el más ilustre de los profetas, cantó declarando las palabras del Historiador del mundo: el Señor con su Palabra fabricó los cielos y con el Aliento de sus labios les dió movimiento y virtudes. (Ps. XXXII, 6.)

Ahora bien, esta revelación, no tanto se ha de tener por muestra de predilección personal que hacía el Señor á aquellos siervos y amigos suyos, cuanto por doctrina general que habían de enseñar á los hombres, aunque no la predicasen de palabra; puesto que todo cuanto está escrito en las Sagradas Letras, como dice el Apóstol (Rom. XV, 4,) para aprovechamiento nuestro está escrito. Es, por consiguiente, el sólo figurar en el divino drama de la Biblia, una misión particular y sumamente honrosa, que consiste en ser anunciadores de los arcanos de Dios. De ahí que se manifestase el Señor con mayor claridad, á medida que esta misión era más alta y universal.

Pues, escudriñad las Escrituras; y todo os parecerá cifra y figura hasta que encontréis las palabras del ángel Gabriel á la Virgen Nuestra Señora. (S. Luc. I, 35) . . . «Spiritus Sanctus superveniet in te et Virtus Altissimi obumbrabit tibi . . . quod nascetur ex te . . . «vocabitur Filius Dei:» el Espíritu Santo, dice, que procede de Dios y es su virtud, fecundará tu seno . . . y el niño que de tí nacerá será Hijo de Dios. Ahí tenéis revelado á María Santísima el misterio, con los mismos

términos con que después nos fué propuesto por Jesucristo.

Y, efectivamente, la claridad de esta revelación es proporcionada á la alteza de la misión que á la Virgen gloriosísima le confiaba. Adán sintió las primeras caricias de Dios, porque encerraba en sí, por misteriosa manera, la humanidad, en quien el Altísimo tiene puesto su cariño; Abrahán recibió en su casa la visita de Dios, porque con tan singular favor quedaba suficientemente recomendada la fidelidad de aquel siervo bueno; Moisés subió á la cumbre del humeante y pavoroso Siná y entrevió el rostro de Dios, porque no era necesario más para recibir la ley y trasmitirla al pueblo escogido; David emuló de lejos las armonías angélicas, porque eso era sobrado para dar á conocer la mansedumbre y dulzura del Hijo de Dios, cuya persona representaba. Pero María Santísima encerraba en su seno el nuevo germen de vida; María Santísima llevaba en sus venas la sangre con que se había de consagrar y confirmar la eterna Alianza; María Santísima era la tabla lisa y preciosa donde el dedo de Dios había de grabar la ley viva, que es Cristo; María Santísima estaba destinada á ser madre del Hijo Unigénito de Dios. Por eso, lo que á sierva y á amiga se les dió medido y por partes, á ella se le concedió sin tasa y todo entero; por eso no hay para ella arcanos ni enigmas; por eso penetra los cielos, y á su paso, humillan la cabeza los serafines y le forman alfombra con sus alas; por eso sube hasta el tálamo mismo de Dios.

Y aquí se me descubre otro nuevo argumento. Porque en virtud de la encarnación del Verbo, María Santísima contrajo, no místico y figurado, sino real y propiamente, parentesco y unión con las Tres Divinas Personas. Es Madre del Hijo, porque dió á luz verdadera y realmente al Dios-Hombre. Y, como dió á luz en el tiempo al mismo á quien el Padre engendra desde toda la eternidad, tiene con él una relación especialísima y distinta de las que conocemos; y para significar de algún

modo tan estupenda dignidad, la llamamos Hija del Padre. Y porque el Espíritu Santo con celestial rocío fecundó aquella tierra virgen de la cual nació el Salvador, la aclamamos justamente Esposa suya castísima. Pues [si en sujeto tan noble parece bien una semejanza vulgar,] así como, al ser admitido un nuestro amigo ó pariente al trato y familiaridad de un personaje poderoso y principal; ya tenemos un medianero para entrar también nosotros con él en relación y amistad: de la misma suerte, emparentando la Sacratísima Virgen María tan íntimamente con Dios, fué lazo de conocimiento y unión entre Dios y los hombres. Con razón, pués, dice San Cirilo, que á la Virgen cabe mucha parte en este beneficio sin segundo de haber conocido los hombres á Dios; con razón afirma sin temores ni salvedades, que merced á ella es adorada en el mundo la beatísima Trinidad. «Por tí la Trinidad augusta es conocida y adorada en toda la redondez de la tierra.»

Y, siendo esto así, ¿nos maravillará que los santos y doctores apelliden á María Santísima espejo purísimo en que se contempla á Dios; palacio luminoso de Dios; nacimiento del sol que no tiene ocaso; ornamento esplendoroso del cielo, origen y manantial de la luz; estrella del paraíso; lámpara ardentísima que hizo exclamar pasmados á los ángeles: ¿quién es esta que se levanta de la tierra, hermosa como la luna, risueña como el alba, cercada de resplandores como el sol? y, para condensarlo todo en tres palabras dulcísimas, Madre Santísima de la Luz?

II

La idea de Dios está tan junta y tan eslabonada con la del hombre, como en el orden real depende éste enteramente y esencialmente de aquél. Y, si bien es verdad que del conocimiento de Dios reverbera, como lo habéis visto, una luz que concreta y define algún tanto el concepto sobrenatural del hombre: todavía, como, por una

parte, si este quiere ser perfecto es preciso que se asemeje á Dios; como, por otra, para el fin de imitarle y copiar en nosotros su condición y carácter, no bastaba una imagen suya directa, puesto que Dios está muy por encima de todo bien criado y sus perfecciones difieren sustancialmente de la nuestra: fué menester un modelo vivo, un hombre perfecto y arabado en todo género de virtud, con la forma y medida según las cuales puede lo humano participar de la perfección divina. Este hombre es Jesucristo, Hijo de Dios Unigénito, nacido antes de todos los siglos, Dios de Dios, Luz de Luz, que por nosotros bajó del cielo y tomó nuestra naturaleza, haciendo con no usado portento que un hombre subsistiese unido á la persona del benditísimo Hijo de Dios.

¡Oh, y cuán hermoso y cuán perfecto aparece el hombre en Jesucristo, vestido de la claridad de Dios, esmaltado con la belleza de Dios, viviendo de la misma vida de Dios! ¡Y cómo arguye y refuta y convence con solo su ejemplo los engaños y errores de la ciencia humana! Recordad, si no, las apacibles escenas de Nazaret; y decidme si admite réplica el argumento. El Hijo de Dios escoge libre y voluntariamente vivir en estrechez y pobreza: luego yerra quien estima afrenta é infelicidad el ser pobre; el Hijo de Dios cubierto de sudor y de polvo se afana en un taller y dirige sus fatigas á fines altísimos: luego no se rebaja el hombre encalleciendo sus manos, luego tampoco es el hombre para el trabajo, sino el trabajo para bien y perfeccionamiento del hombre; el Hijo de Dios es ignorado y menospreciado del mundo: luego no engrandece al hombre la honra y estimación de las gentes. Pues, ¿qué diré de la sangrienta tragedia de Jerusalén? El Hijo de Dios condenado en todos los tribunales, hundido en un piélago de amargura y deshonor, no exhala una queja, y obtiene, con paciencia y sufrimiento no oído, el triunfo más espléndido: luego el hombre, expuesto á mil calamidades á infortunios, combatido de tentaciones y peligros sin cuento, puede, si quiere, hacerse superior á todo y valerse de todo pa-

ra conseguir su último fin; luego las desgracias y males de esta vida son para conseguirle y purificarle, no para oprimirle y condenarle. El Hijo de Dios está pendiente de tres clavos en una cruz, con el cuerpo destrozado y el alma acibarada con inenarrables dolores: luego miente quien me brinda con rastreros y momentáneos placeres; luego se engaña quien solo piensa en regalar sus sentidos. Contemplad humilde y devotamente á Jesucristo crucificado, á quien llama San Pablo (I Cor. I, 23, 24,) á boca llena Sabiduría de Dios: ahí está el hombre tal cual debe ser: sujeto á Dios; sumiso á la autoridad, porque dimana de Dios; áspero para consigo; caritativo y misericordioso para con los demás, hasta dar la vida por ellos!

Mas, Jesucristo no podrá ser modelo formal del hombre en todos los estados y según todas las relaciones que pueden ligarle á su prójimo: por eso no solo fué dechado, sino también maestro y doctor; y abrió sus divinos labios para enseñar la virtud. Tres años duró solamente su predicación, popular y sencillísima. Sus discípulos recogieron sus enseñanzas y las transmitieron á la posteridad ó de palabra ó escritas en unas cuantas páginas no menos sencillas y populares. Y esas pocas verdades han iluminado y desengañado á cien generaciones; y los destellos de esa ciencia han iluminado todos los ámbitos del mundo intelectual y moral. ¿Dónde se ha sublimado más que en el Evangelio, la autoridad civil, derivándola de Dios? ¿Qué constitución ha puesto en salvo más acertadamente la dignidad y bienestar de los pueblos, templando en el poder público la severidad con la clemencia?

¿En qué código se han escrito leyes más rigurosas y eficaces contra el usurpador de los bienes ajenos, contra el opresor de los pobres, contra el atentador de la vida de su hermano? ¿Quién pudo restituir el estado del matrimonio á la primitiva pureza, como lo restituyó Jesucristo, cimentándolo en santidad, afianzándolo por la unidad, ratificándolo con la perpetuidad? ¿En qué libro

se aprendió aquella soberana virtud de la castidad que hace de los hombres ángeles, y por lo cual, en frase de San Bernardo, los hombres vencen y superan á los ángeles? ¿Qué mano trazó la planta de ese sinnúmero de instituciones que se han organizado y han florecido y se organizan y florecen á cada nueva necesidad social ó religiosa?

Veinte centurias han transcurrido desde que se escribió ese pequeño volumen; y millares de ingenios eminentísimos no han hecho más que explicarlo, revolviendo al rededor de él como mariposillas en torno de la luz. ¿Habéis contemplado, aunque no sea más que de paso, la interminable serie de padres, de doctores y de escritores eclesiásticos, desde el Pastor de Hermas y las Apologías de San Justino, hasta la Vida Devota de San Francisco de Sales y las Glorias del suavísimo San Alfonso?—Ora os encantaré el sagrado expositor que mansamente derrama su caudalosa corriente; ora os sorprenderá el polemista de acerada y vibrante palabra que tritura y aniquila al contumaz y al hereje; ya el asceta que os conduce con experta y blanda mano por los escabrosos senderos de la virtud y perfección cristiana; ya el místico que os arrebató y enciende con impetuosas llamaradas de castísimos amores. ¡Qué riqueza y variedad de doctrina! ¡Qué esplendidez y hermosura de formas! ¡Qué dulce y ardorosa elocuencia palpita, aún de la letra muerta de esas obras inmortales!—Pues todo ello no es más que comentario de las palabras de Jesucristo.—¿Conocéis, siquiera por encima, la teología católica?—Jamás el espíritu de investigación se ha mostrado tan activo y afortunado como en ella, jamás el análisis ha penetrado tan sagaz y profundamente la naturaleza de las cosas más abstractas; jamás el ingenio sintético ha metodizado y reducido á unidad lo diverso con tanto vigor y felicidad, jamás la razón humana ha volado tan alto y tan seguro, ora exponiendo, aclarando y definiendo los dogmas, ora separando, deduciendo y aplicando los principios prácticos hasta las más minucio-

sas delicadezas. No hay sistema religioso-moral más completo, más armonioso, más fundado.— Pues ese sistema el más fundado, el más armonioso, el más completo, dice más; del cual ha tomado la ciencia heterodoxa y la impía cuanto de bueno y aceptable contiene; ese sistema no reconoce otro origen, ni otra conexión, ni otras pruebas más que las palabras de Jesucristo.

Finalmente, no convenía que Cristo viviese en todos los países y en todas las edades; ni era posible que su doctrina, única y sempiterna como la verdad, anduviese á merced de la débil razón humana ó se modificare al talento de voltarias pasiones. Por eso dió cima á su obra, dejando establecido un magisterio infalible y eterno, que propusiera, según las diversas circunstancias de tiempos y regiones, su inmutable pero fecundísima doctrina. Pues, si echáis una rápida ojeada á los siglos que han transcurrido desde que Cristo subió triunfante á los cielos, observaréis que dondequiera que el error ha removido el fango de todas las concupiscencias levantando nieblas densísimas, ha brillado con más sereno y más puro fulgor esta luz en el centro mismo de la civilización. Constantinopla, mientras fué emporio del mundo, oyó en repetidas oraciones á los maestros de Israel presididos por el Sumo Pontífice, anatematizar las incontables herejías que pulularon en Oriente durante los nueve primeros siglos: desaparecieron con sus autores aquellas sectas, como desaparecen en noche de verano las estrellas fugaces? hoy es, en cambio, y aún se profesa en la Iglesia de Dios el símbolo de Nicea, aún se acatan los cánones de aquellos sagrados sínios. Roma, que volvió á ser cabeza del orbe después del abatimiento y caída del Imperio Bizantino, Viena de Francia y Lyon, Trento y Florencia han celebrado los triunfos de la verdad católica y han visto confusos ó convictos á albigenses y á cismáticos, á protestantes y á naturalistas. Y, no ya concilio, un hombre solo asistido del espíritu de Cristo ha bastado á rechazar toda falsedad y á enseñar á las gentes. ¿Hay milagro más estupendo

que conservarse siempre entera e inconvencible la cátedra de San Pedro, entre escombros, no digo de sectas y de escuelas, sino de razas y de imperios, y ser idéntica é intachable su doctrina, llámese Dámaso ó Gelasio, Gregorio ó Clemente, León XIII ó Pío X, quien se asiente en su augusto sitio?

Aunque, bien mirado, nada tiene de milagro; porque no son ellos, no, los que hablan, Jesucristo mismo habla por medio de ellos, extendiendo así su magisterio á todos estados y condiciones, á todos tiempos y regiones; no de otro modo, una poderosa corriente eléctrica, tornan-do aquí lucidos y resplandecientes los ensortijados estambres de una lamparilla, saltando, allá, entre los polos trasformada en pulverizado torrente de blanquísima luz, ilumina á un tiempo mismo varias ciudades y en cada ciudad infinitas casas y habitaciones. ¿Y qué mucho? Jesucristo, como Verbo Increado, es lumbre que brilla en el entendimiento del Padre, llevando en sí las ideas de todas las cosas y echaudo por doquiera centellas de vivísimas y perdurables razones; como Verbo Inspirado, es luz que beatifica las inteligencias angélicas y los espíritus bienaventurados; como Verbo Encarnado, es antorcha que alumbrá las almas dotadas de razón, mientras viven en cuerpos mortales. ¡Oh resplandor del eterno sol de verdad! ¡Oh vida inagotable que vivifica toda vida! luz que ilumina toda luz! libro cuyo origen es sempiterno, cuyos caracteres son indelebles, cuya doctrina es fácil y á todos patente, cuya ciencia es dulzura, cuya profundidad es insondable, cuya contemplación es digna de nuestras aspiraciones y donde el Verbo de Dios es todo en todas las cosas! En verdad, quien halla este libro, halla un venero abundante de vida y bebe la ciencia de salud en el entendimiento mismo de Dios!

Y ahora si os pregunto, ¿quién escribió ese libro portentoso? ¿quién modeló ese dechado tan perfecto? ¿quién llevó en su seno al maestro del mundo? ¿quién le dió su sangre? ¿quién le alimentó á sus purísimos pechos?

La gloriosa é inmaculada Virgen María! A ella le pertenece esa gloria; de ella nació el Salvador; ella es su madre, y tan absoluta y cabalmente, que contiene en sí toda la perfección de padre y de madre; nadie pretende entrar á la parte de este singular y maravilloso alumbramiento; el Altísimo la hizo particionera de su fecundidad infinita; Aquel de quién descende toda paternidad en el cielo y en la tierra, se dignó compartir esta incomparable y única prerrogativa con la humildísima y purísima Virgen María. Por tí, ¡oh María! repetiré con San Cirilo, por tí el Unigénito Hijo de Dios, Luz verdadera, resplandeció en los ojos de los que yacían envueltos en tinieblas y en sombra de muerte!

Pero, reparad en una excelencia sin ejemplo de la maternidad divina, y ved si en todo rigor de justicia somos deudores á María Santísima, de la doctrina de Jesucristo. Porque aquel divino niño Jesús, en quién la Virgen tuvo siempre puestos los ojos y el corazón, nació huérfano y sin padre en este mundo. Bien es verdad que le tenía en el cielo; pero, al ver como le abandonó, no ya en la cruz, sino desde los primeros instantes de su vida, y le dejó expuesto á la mala voluntad de hombres por todo extremo perversos y atrevidos, diríase que no le reconocía por suyo; y aunque le guardaba con especialísima providencia, esa providencia consistía en confiarlo á los cuidados y á la fidelidad de su madre. Y ¿qué hizo la Virgen fidelísima?—Corresponder á los designios de Dios: sobrellevar sinsabores y desvelos en la crianza del niño; huir á tierra extraña para salvarle la vida y en todo cooperar con sus acciones libres y personales á la conservación y sustento de Cristo. ¡Oh alteza de los consejos de Dios! ¡La vida de Jesús puesta en manos de María! Ella no dejó burlada, claró está la previsión divina, ni desconcertó sus sapientísimos planes, antes los secundó con actos positivos y espontáneos; pero eso mismo le hace verdadera causa de nuestra alegría, verdadera causa de nuestra sobrenatural ilustración, verdadera Madre de la Luz. Mas todavía: en otras

tantas madres que son ensalzadas y engrandecidas por haber engendrado un hombre útil ó á la patria ó beneficio de la humanidad entera, todo ó la mayor y mejor parte ha sido obra de la fortuna, y respecto de ella, puramente casual; puesto que no conociera de antemano ese bien ni dependió de su arbitrio y deliberación concederlo. Pero no así la Virgen Santísima, no así la Madre de Jesucristo; sino que antes de concebirle en sus entrañas conoció por evidente revelación de Dios, que su Hijo había de ser el Mesías Salvador y Maestro del mundo y tuvo clara noticia de los bienes que por él nos habían de venir. ¿Quién sino el Mesías es figurado en la divina Escritura por aquel esclarecido descendiente de David que había de restablecer y amplificar y llevar á cabal desenvolvimiento el reino de Dios? Pues, oíd al angel Gabriel, que, tomándole á Isaías las palabras de la boca, propone á la Virgen en nombre de Dios el negocio de nuestra reparación, y le pide su consentimiento para que encarne el Verbo: “concebirás y darás á luz un niño, a quien pondrás por nombre Jesús; este niño, por ser Hijo del Altísimo, subirá á gran alteza y poder; y Dios le colocará en el trono de David su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre, y no tendrá fin su reinado.” (S. Luc. I, 31, 32.) Y entonces, y sólo entonces, sabiendo muy bien lo que hacía y compadecida de la ceguedad y miseria en que vivíamos, dió libremente su beneplácito y concibió al Salvador.

Pues, ¿quién, ¡oh Virgen María! osará negarte el título más augusto de tu infinita dignidad, el blasón más puro de tu nobleza? ¿Quién será tan ciego que no reconozca tu influjo en la restauración y felicidad del hombre? Tú, ¡oh María! concebiste por tu propia elección y voluntad al que es Luz del mundo; tu le llevaste en tu sagrado vientre como en un lecho de flores; tú le criaste en Nazaret; tú le seguiste y regalaste por las aldeas y los campos de Judea; tú le ofreciste en el Calvario por nuestro rescate y salud! ¿Quién se mostrará indiferente ó desagradecido? ¿Qué vale, puesto al lado